

Precariedad, subjetividad y trauma en la novela de la crisis

Desorden psíquico y enfermedad social en *La trabajadora* de Elvira Navarro

José Martínez Rubio
(Università di Bologna, Italia)

Abstract *La trabajadora* by Elvira Navarro (2014) shows the effects that the global economic crisis has on part of the Spanish society. This novel shows the psychological pathologies caused by a society in crisis, through the degradation of the labour market and the land, displacement and marginalization. Concepts like ‘illness’ or ‘disorder’ not only have a intrapsychic interpretation, but also a social one.

Sumario 1 Introducción. – 2 La crisis económica como efecto de shock. – 3 De la crisis psíquica a la enfermedad social. – 4 A modo de conclusiones. El desenlace incierto.

Keywords Capitalism. Illness. Crisis. Labour Market. Social Novel.

1 Introducción

Abre la novela de Elvira Navarro una cita inquietante del escritor Luis Magrinyà:¹

Reconozco el universo en cada rostro, sea hermoso o feo, sublime o grotesco, elevado o vulgar; no me hago ilusiones respecto a lo ridículo, lo cómico o lo anodino: a la distancia justa todo lo es. En cambio, para ti, que te pretendes realista intoxicado, detrás de la literatura solo hay literatura. (Navarro 2014, p. 7)

Advierten ya los paratextos de la operación que se producirá a través esta obra literaria, más por la refutación de esa máxima que disocia literatura de realidad o mejor, que disocia literatura de verdad, que por la igualación entre lo ridículo, lo cómico y lo anodino a la distancia justa. El camino

1 Este trabajo es fruto de la actividad investigadora que se enmarca en el proyecto ‘Max Aub y las confrontaciones de la memoria histórica’, financiado por la Generalitat Valenciana a través del Programa de Excelencia Prometeo. Ref: PROMETEO/2016/133.

que va del realismo decimonónico clásico al realismo posmoderno (Oleza Simó 1993) es un camino de descreimiento: de la representación de la realidad a la construcción de la realidad, del tratamiento de los conflictos a través de personajes prototípicos a personajes de identidad voluble o inestable, del texto como espejo del camino a la superposición de textos, al juego metaficticio, que no es otra cosa sino la impugnación del texto único. Este camino del descreimiento, en caso de afectar a los modos de representación de la realidad, no afecta en cambio a la idea de verdad misma. De otro modo, si el realismo tomó como objetivo prioritario hablar de la realidad lo hizo tanto desde premisas estéticas (representaciones realistas) como desde premisas éticas (decir la verdad), tomando la literatura como un arma de denuncia o de evangelización de tal o cual proyecto moral, y es este último aspecto el que sigue intacto con el paso de los años y el cuestionamiento de las estéticas.

Los realistas intoxicados de Magrinyà entenderían, a partir de este descreimiento, que toda obra literaria se revelaría incapaz para algo que no fuera mera literatura. La verdad, sin embargo, ha sido promocionada y revalorizada bajo distintas formas en este aparente relativismo de la posmodernidad: la idea de verdad construida sobre la referencialidad entre lenguaje y realidad cede su lugar a la idea de verdad como posibilidad de la imagen, como voluntad de aproximación a la realidad o como elemento comunicativo de la realidad parcial o de la realidad subjetiva² (Martínez Rubio 2015). En ese sentido, la novela de Elvira Navarro, *La trabajadora* (2014), podría ser un documento 'de verdad'. O de ese tipo de verdad poética. O de ese tipo de verdad de la ficción.³

Anclada cronológicamente en un periodo concreto, el de la crisis económica que afecta a España desde el año 2008 hasta la actualidad, la novela analiza cuáles han sido las consecuencias de tal crisis en la vida de Elisa, una trabajadora correctora de textos para una gran editorial, pretexto para representar los cambios de buena parte de la ciudadanía en ese *shock* del mercado laboral, el empobrecimiento de las clases medias, el trastorno de los modos de vida de una generación precarizada y finalmente el incremento de las enfermedades psíquicas derivadas de la crisis. Por ello, aun a pesar de la crudeza que desgranará el libro a través de los personajes que rodean a Elisa (Susana, su compañera de piso; Germán, que acabará siendo su pareja; Carmentxu, su jefa en la editorial), resulta significativa

2 En un trabajo más amplio, abordo la revalorización de esas 'formas de la verdad' en un momento en que el realismo como estética y la 'pasión por lo real' en distintas manifestaciones culturales (lo que conlleva la irrupción de elementos estéticos como la metaficción, la novela en marcha, la aparición en la narración de categorías como el autor, así como su cuestionamiento, etc.) se desarrollan en un entorno caracterizado por la subjetividad de la verdad, la comunicabilidad y la voluntad ética de los autores. Cf. Martínez Rubio (2015).

3 Para repasar los distintos nombres sobre este concepto, cf. Martínez Rubio (2014).

esta primera sanción al descreimiento de la verdad que contiene la ficción. Elvira Navarro nutre la significativa nómina de escritores actuales que se han interesado por los efectos de la crisis económica en España, y que han producido una literatura con una acusada conciencia social. Entre ellos, destacan Rafael Chirbes (*Crematorio*, 2007; *En la orilla*, 2013), Belén Gopogui (*El comité de la noche*, 2014), Isaac Rosa (*El país del miedo*, 2008; *La mano invisible*, 2011; *La habitación oscura*, 2013) o la Almudena Grandes de última hora (*Los besos en el pan*, 2015), retomando la perspectiva galdosiana de la sociedad actual como materia novelable.

No deja de ser un guiño a la fecunda tradición realista el epígrafe con que se abre la novela, como un aviso de que lo contado en *La trabajadora*, siendo real o no, partiendo propiamente de la ficción, no deja de ser verdad. Un aviso que se convierte en parodia del debate incesante sobre si lo escrito - lo leído - se adhiere a la categoría clásica de verdad como referencia directa de lo que pasa en el mundo, precisamente en un momento en que la realidad se impone con toda su fatalidad transformando las estructuras de un mundo cada vez más inestable.

Es desde estas premisas desde donde desearía estudiar la novela de Elvira Navarro: un artefacto ficticio (autoficticio o docuficticio, en este momento interesa menos) que se convierte en reflejo de un momento histórico de transformaciones sociales y culturales de proporciones aún desconocidas. Estas transformaciones que se observan en la ficción quedan ordenadas a partir del cambio en el concepto de 'trabajo' que se está produciendo en las sociedades posindustriales, que han desplegado una lógica neoliberal que ha traído consigo una serie de consecuencias no solo económicas: la desregulación en las relaciones económicas y laborales, la consolidación de una élite desterritorializada que incide en las políticas nacionales y que las limita, la transmutación de la vieja idea de inclusión de capas más amplias de la sociedad en el sistema capitalista por la exclusión del mismo, etcétera. Ulrich Beck (2000) describe con detalle ese conjunto de transformaciones en cascada que se vienen produciendo sin freno bajo el paraguas de la globalización. El sociólogo alemán estudia de qué manera la sociedad laboral fruto de los procesos modernizadores de Occidente se ha convertido en una «sociedad de riesgo» (p. 11), y lo atribuye a diversos factores, entre ellos, la desterritorialización de los poderes económicos, el avance del capitalismo tecnológico y del mundo digital, la pérdida de peso de la esfera política y su reacción en favor de la pérdida de derechos bajo el falso beneficio de la 'flexibilidad' laboral. Por todo ello, sigue Beck, la precarización del mercado laboral ha generado una inseguridad endémica en las relaciones laborales y humanas en estas sociedades avanzadas de modo que, paradójicamente, se ha asimilado cierto modelo premoderno (desregulado por falta de avances normativos) a cierto modelo posmoderno (desregulado en beneficio del estímulo del sistema), en una suerte de «extensión del sur»:

Estamos asistiendo a la irrupción de lo precario, discontinuo, impreciso e informal en ese fortín que es la sociedad del pleno empleo en Occidente. Con otras palabras: la multiplicidad, complejidad e inseguridad en el trabajo, así como el modo de vida del sur en general, se están extendiendo a los centros neurálgicos del mundo occidental. (2000, p. 9)

Guy Standing no entiende el fenómeno del 'precariado' a partir de consideraciones geográficas que no resultan del todo claras: ¿cuál es el sur del que habla Beck? ¿es uno solo? ¿no se trata de una simplificación errónea de sociedades complejas, dispares y heterogéneas que devuelve una imagen funcional de sí mismo al 'norte' desde el que habla? El pensador británico estudia la precarización de las clases trabajadoras como un fenómeno de clase; para Standing (2013, 2014) no se trata de una proletarización de las clases trabajadoras, es decir, una pérdida de derechos, de prestaciones o de un endurecimiento de condiciones en el ámbito laboral, sino de la emergencia verdaderamente de una nueva clase social con unas características propias, diferentes de las del proletariado, del salariado o de los profítécnicos o de las élites superciudadanas. No deja de ser controvertido este planteamiento en términos de clase, pero Standing, en mi opinión, acierta al explicar el precariado como un fenómeno en cierta medida novedoso en la historia, y no tanto como la mera pérdida de derechos conquistados. Esta novedad se encontraría, dejando de lado la pérdida efectiva de prebendas salariales y no salariales (vacaciones, prestaciones por desempleo, bajas, etc.) así como en la inestabilidad laboral (que siempre hubo durante el proceso de Modernidad), en la nueva norma en cuanto a relaciones de producción basada en la incertidumbre, en la búsqueda de seguridad y de realización fuera del ámbito laboral y no dentro (la asunción del estado alienado del trabajador y su superación), en la falta de una identidad ocupacional del trabajador (lo que lleva a la ausencia de vínculo colectivo, de anclaje a un gremio, a un código ético o a un estatus), en la pérdida de control sobre el tiempo (convirtiendo al trabajador en una mano de obra constantemente disponible), en la merma en la capacidad de movilidad social, en la sobrecualificación que implica en cierto modo una frustración de estatus en las capas más formadas de la sociedad o en la presión del entorno social sobre el trabajador para que se convierta en un elemento laboral y económico activo frente a la desocupación, inactividad o actividad no remunerada (cf. 2014, pp. 27-38). Estas novedades abren brecha con las características propias de la clase proletaria y sus tensiones en cada contexto histórico concreto.

El 'precariado' desde este punto de vista sería la nueva clase social que está irrumpiendo en las sociedades posindustriales, neoliberales o globalizadas: una clase social marcada por la inestabilidad en el ámbito laboral que contagia de esa misma incertidumbre a otros ámbitos como el habitacional, el familiar, el sentimental, el sanitario, el urbanístico o el

político. *La trabajadora* recorre todos esos ámbitos, como trataré de exponer y ese es el objeto de este estudio. Por esa razón no deja de ser certera la apertura de la novela con esa referencia ambigua al realismo: precisamente esa estética, según la crítica más cercana al marxismo, apareció en el siglo XIX como la manifestación literaria de las tensiones generadas por la emergencia de una nueva clase social, la burguesía (Oleza 1975; Lukács 1948); hoy, siguiendo esa línea crítica marxista que vincula historia con estética, fuerzas sociales con poder y literatura con representación de las transformaciones de una comunidad, ese realismo de la novela de la crisis se renueva por la irrupción de una nueva clase (o de un fenómeno genuinamente nuevo, si queremos ser menos ambiciosos en la determinación sociológica), el precariado. No deja de ser significativa la irrupción de esta nueva clase trabajadora con la revitalización de la novela de la crisis de la que hablábamos, que no es sino una recuperación de la tradición de la novela social, como apéndice de la tradición realista. Recorramos, pues, ese nuevo terreno de la incertidumbre.

2 La crisis económica como efecto de shock

El relato de *La trabajadora* se divide en tres capítulos. El primero de ellos resultará ser un relato que la protagonista de la novela, Elisa, escribirá para explicarse a sí misma la historia de su compañera de piso, Susana, y dar cuenta de sus crisis nerviosas en el pasado: «[Este relato recoge lo que Susana me contó sobre su locura. También anoto algunas de mis reacciones, en verdad no muchas. Huelga decir que su narración fue más caótica]» (Navarro 2014, p. 11). El tercero, muy breve, es el diálogo de Elisa con su psiquiatra en un momento de terapia, en el que discuten sobre las posibilidades de curación y sus modos, frente a la motivación de la paciente por escribir:

- El libro no está terminado, y nuestros encuentros forman parte de él. Necesito rematar la obra. Y no puedo inventarme el final. Me resulta falso. En una ficción todo es falso.
- ¿Qué pasaría si no logramos que usted se cure? ¿Escribiría sobre su fracaso?
- Si no logro superar la impresión de estar a punto de perder la cordura, esta podría ser la última frase del libro. Porque continuar si no ocurre nada resultaría redundante, ¿no? (pp. 154-155)

Los marcos en que se desarrollará todo el segundo capítulo, donde la protagonista se hace cargo del grueso de la narración, se enmarcan en dos consideraciones metaliterarias que completan el epígrafe de Luis Marginyà que hemos visto. El primero alude, evidentemente, a la escritura

como remedio terapéutico, a la elaboración de un relato con una voluntad ordenadora y explicativa de la realidad que produce efectos beneficiosos para el paciente; a ojos del lector, este capítulo podría funcionar como un relato autónomo, sin embargo adquiere este sentido al insertarse dentro de una narración mayor: el primer capítulo narrará la 'locura' de Susana, sus fantasías sexuales excéntricas, su incapacidad para crear vínculos afectivos estables, la medicación abusiva o la idea de suicidio, buscando un efecto consolatorio en Elisa para superar su propia crisis depresiva. El tercero, en cambio, rastrea las posibilidades de 'curación' de la protagonista y, por ende, de la sociedad 'enferma': en un relato sobre la enfermedad social actual, la narración no puede terminar porque la recuperación no se ha producido, y en caso de que la recuperación deseada no se produzca en el futuro, el relato podría continuar *in aeternum*; la novela termina de manera abrupta porque, en el relato de la crisis actual, no hay curación real, sino un futuro incierto en el que la literatura podría repetir una y otra vez los males derivados de la situación de crisis actual reproducción de esa incertidumbre característica del precariado como clase.

Mi situación económica no era buena. Había tenido que cambiar mi apartamento de Tirso por otro en Aluche, en lo alto de una cuesta con un gran solar. Me dijeron que se trataba del cerro donde Antonio López pintó uno de sus cuadros, pero lo único que encontré en mi búsqueda internauta fue un paisaje de Vallecas y otro que rezaba Madrid Sur, que no concordaba con lo que yo veía desde la ventana. (p. 45)

La narración elabora entonces el análisis de los efectos devastadores de la crisis. El primero de esos efectos es el desplazamiento de la protagonista de Tirso de Molina al barrio de Aluche, colindante con el barrio de Carabanchel, es decir, del centro de la ciudad a la periferia como signo de la marginalización o de la exclusión en términos urbanos de esa pretendida clase media⁴ española representada por la protagonista. La ciudad cumple con la premisa antimoderna que describiera Sassia Sasken al pensar la ciudad «global» (1999), construida sobre la base de una exclusión creciente de sus ciudadanos al extender por sus redes la lógica neoliberal de las sociedades posindustriales, frente a la idea de incorporación al mercado

4 Clase media que devendrá clase baja debido a la precarización del mercado laboral y a las escasas posibilidades de empleo fundamentalmente. Considero sugerente la radiografía en clave elegíaca que elaboró Ramón Muñoz en su reportaje «Adiós, clase media, adiós» para *El País*: «Ridiculizada por poetas y libertinos; idolatrada por moralistas; destinataria de los discursos de políticos, papas, popes y cuantos se suben alguna vez a un púlpito en busca de votantes o de adeptos; adulada por anunciantes; recelosa de heterodoxias y huida de revoluciones; pilar de familias y comunidades; principal sustento de las Haciendas públicas y garante del Estado de bienestar. La clase media es el verdadero rostro de la sociedad occidental» (2009).

de consumo de todas las clases sociales que tenía como premisa original el proyecto capitalista. Ni siquiera el hiperrealismo estético de Antonio López (Martínez Rubio 2015, p. 136) es incapaz de igualar la visión de la protagonista, una estética en la que el pintor se propone acudir al detalle del espacio urbano a la hora de representar un territorio que va desde la Gran Vía al extrarradio de la capital.

Les había pedido a los de la Sociedad Pública de Alquiler que ampliaran la búsqueda a los barrios excéntricos de un lo-que-sea para mí sola. Estaba a punto de resignarme a una habitación en un piso compartido cuando me llamaron para enseñarme el apartamento de Aluche. Costaba 440 euros, el límite de lo que estaba dispuesta a pagar, aunque también el límite, por abajo, de lo que podía encontrar, salvo milagros de renta antigua. En mi búsqueda me había visto ya desplazada hacia el sur, barriendo Delicias y llegando a la M-30 una tarde de lluvia. (p. 46)

La propia protagonista alude en su relato a ese ‘desplazamiento’ hacia el sur, hacia la frontera que traza la circunvalación de la M-30, anillo que delimita Madrid de su extrarradio. La mejor oferta y la mejor demanda de alquiler cifran sus posibilidades de éxito en 440 euros, salvando la posibilidad de vivir sola en un apartamento. Sin embargo, a ese desplazamiento se le unirá una nueva forma de vida: Elisa, para aliviar los gastos de alquiler, acabará subalquilando una de las habitaciones de su casa a Susana, una amiga de Germán, amigo a su vez de Elisa. La convivencia en cierto modo forzosa (entiéndase el adjetivo) no estará exenta de tensión para ambas mujeres: Susana, que ha regresado de Utrecht donde ha vivido los últimos siete años con su novio Janssen, desaparece durante una semana nada más llegar para asombro de Elisa. Tanto el desplazamiento a través de los distintos barrios de la ciudad, del centro a la periferia, como el nuevo modo de convivencia con una mujer semejante que no mantiene ningún vínculo familiar, son circunstancias novedosas de esa clase de ‘precariedad’ que describe Guy Standing (2014). La condición laboral, de este modo, condiciona por completo el modo de vida de la protagonista: habitacional, familiar y por supuesto sentimental. La presencia o ausencia de las mujeres se realizará siempre sin compromiso alguno, sin previo aviso, convirtiendo así el nuevo hogar en un espacio de desconocimiento mutuo. Pronto establecerán una rutina en común que se reduce a tomar un café juntas, a partir de cuyas conversaciones tampoco lograrán llegar a conocerse.

Susana cortó la conversación, no sin antes componer, porque yo le pregunté, una estampa reseca sobre su vida: había nacido en Madrid, se había criado en Chamberí y siete años atrás se fue a vivir a Utrecht con su novio holandés, al que conoció en la Facultad de Educación de la Complutense. Él había hecho allí su Erasmus. (p. 52)

En el relato se introduce, además, un agravante histórico. Ese desplazamiento y el extrañamiento de ese nuevo modo de vida viene determinado en exclusiva por las condiciones laborales impuestas por la editorial a raíz de la crisis económica de 2008 y de las directrices de recortes que se imponen a nivel general en el mundo de la empresa: trabajo en casa con horarios indefinidos, jornadas alargadas por la premura de las entregas y toda una serie de condicionantes de índole económica:

El Grupo Editorial Término había sido el primero de un cuestionario en el que, cinco años antes, señalé mis preferencias a la hora de hacer las prácticas de un máster de edición. Las prácticas dejaban abierta la posibilidad de un contrato, y el contrato era la aspiración fundamental de las ochenta personas que íbamos todos los viernes y sábados a que nos enseñaran el oficio. Mi grupo editorial, cuyos sellos eran los más mencionados en el cuestionario, organizaba el máster. Tras mis prácticas, encadené tres contratos temporales, y luego todo se precipitó: la empresa debía hacer frente a una deuda cuantiosa y comenzaron los recortes salariales y la conversión de los que estábamos contratados temporalmente a colaboradores externos. Eso implicaba, aparte de cobrar menos, corregir no solo para el sello donde había trabajado, sino también para la colección de bolsillo, en la que se editaban libros de todo tipo, incluyendo primeras ediciones. Al principio no me quejé, ni busqué la solidaridad de nadie. Ni siquiera quise saber cuántas conversiones a colaboradores externos habían tenido lugar en el resto de los sellos. (p. 63)

En *La trabajadora* la crisis que desencadena el hundimiento de la empresa y el cambio en las condiciones de vida de Elisa no contraponen un modelo laboral precarizado frente a un modelo laboral sostenible precrisis, sino que insiste en la correlación entre la caída y el modelo laboral anterior. Ese modelo laboral podría ser rentable o sostenible, pero potencialmente precario: trabajo con becarios, encadenamiento de contratos o temporalidad, y finalmente recortes de salarios, pagos atrasados, reubicación de personal y el consecuente pluriempleo. En otras palabras: el precariado consiste en la estructuración de la vida laboral (y por extensión del resto de ámbitos vitales) en base a un mundo lleno de incertidumbres, intermitente e inestable, muy distinto al modelo laborista en el que el trabajo, a pesar de su desocupación o escasez, mantenía un horizonte de firmeza en base al cual se articularon las grandes reivindicaciones obreras de los siglos XIX y XX.

Elisa deberá adaptarse a este nuevo entorno laboral, fundamentalmente doméstico y autogestionado, y para ello se apunta a un curso para emprendedores, con la idea quizás de montar una empresa de servicios editoriales.

Me habían dado claves para gestionar el tiempo de una forma empresarial, es decir vigorosa y sin contemplaciones para los cafés y el bello y a la vez horripilante paisaje de barrio ladrillista. Quien impartía el módulo se acompañaba de estudios científicos llevados a cabo en universidades americanas que señalaban la falta de eficacia y el consiguiente estrés de los que, como yo, saltaban de la cama al ordenador yendo entremedias una docena de veces a la cocina o al correo electrónico. Los estudios incluían experimentos en los que se obligaba a los freelance a pasar algunas semanas en lofts de aspecto fantasmal, donde no podían acceder a redes sociales ni a otra cosa que a las mortecinas webs de sus clientes. Su rendimiento aumentó considerablemente. (p. 90)

Este experimento que aísla al trabajador de su entorno, lo priva de estímulos y lo concentra estrictamente sobre el trabajo es un éxito en términos de rentabilidad. Elisa lo pone en práctica en su casa y recoge inmediatamente sus frutos:

En el curso pusieron unos ejercicios, que cumplí más o menos para experimentar la eficacia procurada con buenas dosis de fuerza de voluntad. Ahora había días en que trataba de seguir esas directrices resumidas en un papelito azul y guardadas en mi cómoda. Era cierto que, plegándome a aquellas instrucciones, llegaba antes al final de la jornada; sin embargo, lo que me restaba por hacer me recordaba lo sola y frustrada que estaba. Mi zozobra aumentaba entonces los suficientes grados como para que el tiempo libre no me resultara deseable. En cambio, mi actividad incesante, salteada con aquellos extraños abismos de nada en Internet, me permitía un olvido mayor de mi situación, lo que no dejaba de ser paradójico. (p. 91)

En efecto, las consecuencias de la precarización social se extienden a diferentes aspectos de la vida que afectan no solo al ámbito de la economía, y sus soluciones no pasan por aumentar los índices de rentabilidad. Siguiendo los pasos del curso, Elisa se encuentra con que es más eficaz a la hora de gestionar su tiempo laboral, pero el tiempo libre del que dispone es absolutamente anodino y frustrante puesto que es el entorno en su conjunto (el espacio, el hogar, las relaciones, las posibilidades de ocio y las perspectivas laborales) el que se ha precarizado. La protagonista señala, además, la paradoja de preferir una jornada laboral más larga con descansos y con distracciones en la 'nada' de Internet que la jornada laboral hiperrentable. La consideración de 'disponibilidad' total del trabajador, a cualquier hora, perdiendo el control de este sobre el tiempo, es una de las características claves que ofrece Guy Stanting en su diagnóstico (2014). De otro modo, lo que pone de manifiesto la novela es que no solo se ha precarizado el modelo laboral en un periodo concreto de una crisis econó-

mica debido a su gestión por parte de los poderes políticos y económicos, sino que es el modelo de sociedad, de territorio y de modos de vida el que ha sufrido una transformación radical.

Esta extensión de la precarización se extiende además a través de las distintas clases, dentro de la clase 'trabajadora'. Carmentxu, la jefa directa de Elisa, se siente responsable de los impagos y de los recortes de la empresa, y a la vez una víctima más de esa crisis:

- Os comportáis como si, en lugar de negociar, esto fuera una venganza. Pero qué cabe esperar, si lo que veo aquí a diario es un comportamiento de colegial - dijo. [...]

Si me echan, me voy a tirar una temporada fuera de España y de cualquier espacio cerrado, y también fuera de los libros, porque esta no es forma de estar en los libros. Me paso el día calculando beneficios, diseñando campañas de prensa y envíos a blogs literarios que son inútiles porque nadie aglutina a demasiada gente y cada vez se lee menos. Quiero olvidarme de todo y volver a los clásicos, estar en Módena o en Berlín, y pasar la mañana atisbando callejuelas, la tarde en algún café y la noche en el cine. (pp. 105-110)

Salvando las significativas distancias entre las aspiraciones de Elisa y las aspiraciones de Carmentxu, cabe destacar que el espacio de la realización personal y laboral de la jefa solo cabe en las ensoñaciones: «- Tengo confianza porque sigo aquí y eso me obliga a ser optimista, aunque puede pasar cualquier cosa. Ya son muchos meses [de sospechas de un ERE en la empresa]. No sé si nos vamos a ir todos a tomar por el culo, pero algunos días lo deseo» (p. 64). En cambio en Elisa, ni siquiera se ancla a estas ensoñaciones o, en general, al optimismo porque en efecto ella no sigue 'allí'. Eso explica que, tras la primera crisis psíquica, recurra a la medicación para aplacar los vértigos y a la literatura como modo terapéutico, mostrando además que la patología se puede leer dentro de los marcos de la colectividad.

3 De la crisis psíquica a la enfermedad social

Tras el traslado al barrio de Aluche, el principio de convivencia con Susana y la nueva rutina laboral en casa en esa vorágine de extrañamiento, Elisa sufre su primera crisis nerviosa. El brote se produce en un autobús que recorre la ciudad (Elisa ha tomado por costumbre salir a explorar la ciudad del extrarradio), justo después de constatar el cierre de una tienda de barrio de venta de bicicletas y de observar la marea que recorre incansable las franquicias de un centro comercial en rebajas, signos indiscutibles tanto del declive del comercio tradicional como del avance de las grandes

cadena y multinacionales en una espiral de consumo que, contrariamente a la lógica de la contracción de la economía, no cesa.

Durante algunos segundos aquellos viejos se tornaron monstruos que me miraron con sonrisas marrulleras. Tardé en formular esta percepción de manera adecuada, en reconocer que eran visiones. Notaba los latidos del corazón en mis orejas. [...] Traté de hablar. La sangre no llegaba a mis extremidades. Las tenía frías, secas; iban a desprendérsese del cuerpo. [...] Pensé que estaba loca. Me lo formulé diez, veinte veces. Caminé. El movimiento me hería. [...] Llegué al piso, caminé por todas las habitaciones. También por la de Susana. Me tumbé en la cama. Huyó la primera impresión de que una catástrofe me convertía en su epicentro, pero todo seguía pareciéndome irreal. Comencé a andar otra vez por el piso, con lentitud. [...] Las cosas desprendían una existencia pesada que me abrumaba. De nuevo me fui a la cama. Estaba exhausta y me quedé dormida. (pp. 83-84)

Elisa describe en su narración todos los síntomas de esa primera crisis: visiones, mareos, pérdida de equilibrio, hiperventilación, hormigueo en las extremidades; y sobre todo, a nivel psíquico, la sensación de desamparo y angustia.

Me desperté con un desamparo y angustia peores que las percepciones de antes. Eso pensé al principio, pero comencé a manejarme, a sacar fuerzas para rastrear en Internet mis inhóspitas alteraciones. Busqué esquizofrenia y luego psicosis. Yo no había escuchado voces. Había visto máscaras. Me pregunté, pregunté a la pantalla, dónde estaba lo decisivo. Encontré estas tres palabras, ataques de pánico, y entonces me acordé de cuando Germán se desvanecía en sus reuniones de trabajo. Le llamé. (p. 84)

Las ayudas con que afrontará Elisa esta crisis abundan en las causas que la han generado: aislamiento, extrañamiento de la realidad y falta de vínculos y estímulos emocionales. El entorno, erosionado por las nuevas condiciones de vida, dificulta la vuelta al orden psíquico. Elisa busca en Internet las causas de su perturbación y acude, en segunda instancia y por este orden, a su amigo Germán.

Enric Novella, en su trabajo «Subjetividad expresiva y patología de la identidad» (2015) relaciona algunos de estos tipos de desórdenes psíquicos con la nueva configuración social que desde las ciencias sociales y las humanidades se ha dado en llamar 'posmodernidad'. En el diagnóstico de Novella, el incremento del número de pacientes afectados por alguna psicopatología o agravados por su aparición tiene también una explicación social: la individualización de la vida cotidiana, la hipervigilancia y la hi-

perexposición del yo, la relación con el entorno a través de ‘sensaciones fuertes’ y, sobre todo, la pérdida de referencias tradicionales que otorgaban un sentido y una posición a una identidad convencional: la familia, el trabajo estable, el territorio, el gremio (Sntanding, 2014), etc. Novella alerta, siguiendo a Anthony Giddens, sobre ese desanclaje de las categorías reconocibles durante la Modernidad: «la inseguridad y la incertidumbre de un mundo post-tradicional donde ya no es posible recurrir a las antiguas instancias proveedoras de sentido e identidad» (Novella 2015, pp. 31) y que, por consiguiente, aboca al nuevo sujeto (nuevo ciudadano, nuevo trabajador) a buscar referentes estables fundamentalmente en sí mismo (acrecentando el individualismo neoliberal y el narcisismo posmoderno) y fundamentalmente fuera del mundo laboral.

Ante este diagnóstico, Novella establece la asociación fundamental sobre la que se sostiene el conflicto en la novela de Elvira Navarro, a saber, un entorno social y laboral degradado provoca trastornos psíquicos:

Desde el punto de vista psicopatológico, cabe suponer con todo fundamento que la irrupción de este nuevo patrón de subjetividad – al que algunos autores prefieren denominar ‘hiperindividualismo’ (Gilles Lipovetsky) o, directamente, ‘narcisismo’ (Richard Sennet y Christopher Lasch) – constituye un elemento nuclear en la génesis, la constitución cultural y la presentación clínica de algunos de los trastornos mentales más representativos de nuestro tiempo. Así, no debe sorprender que, en un mundo dominado por el desencantamiento de la razón instrumental, la exaltación de la riqueza expresiva del yo y el desanclaje – o lo que Taylor describe como la “cultura de la pérdida del horizonte” o los “marcos de referencia” –, las consultas y las quejas relacionadas con la consistencia de la propia identidad, la falta de autoestima, la ausencia de metas y valores o sensaciones recurrentes de vacío, futilidad o indiferencia sean particularmente frecuentes. (2015, p. 31)

Novella extiende estos desórdenes psíquicos causados por el desanclaje y las nuevas condiciones de vida hacia otros aspectos de la vida cotidiana: oscilaciones anímicas, conflictividad en las relaciones interpersonales, pérdida de control de impulsos, difusión de la identidad, etc. Novella certifica esta extensión: «desde esta perspectiva, por tanto, la difusión de identidad del paciente límite se nos muestra como el correlato psicopatológico de un fenómeno que va mucho más allá de lo estrictamente intrapsíquico» (2015, p. 34-35) y que va de las condiciones del entorno del sujeto a los avatares de la subjetividad y de las estructuras psíquicas.

Las preguntas retóricas desde el ámbito de la psiquiatría trazan un paralelismo exacto con el conflicto representado en *La trabajadora*: ¿cómo no advertir la conexión entre la precarización del trabajo, el desplazamiento

territorial y la falta de perspectivas laborales en mujeres de mediana edad, con un estado psicológico alterado, inestable y derrotado? O también: ¿cómo no entender esa sensación de frustración dentro de la cultura del éxito,⁵ y la caída en un nivel patológico, en relación con la idea de exclusión, de soledad y de pérdida de vínculos emocionales estables – evito hablar de los ‘tradicionales’ como la familia –? La respuesta que podemos dar es la misma: desde esta perspectiva, la enfermedad mental de Elisa se nos muestra como el correlato, o la manifestación individual, de un fenómeno no solo intrapsíquico, sino social.

Desde un análisis político y cultural, David Becerra Mayor llega a la misma conclusión al hablar de *La trabajadora*, pero añade una consideración literaria: la novela española de los últimos años ha caminado hacia la individualización de los conflictos y encontraba en el propio individuo el principio de solución (Pozuelo Yvancos 2004); en cambio, Elvira Navarro tiene la virtud en su novela de trazar ese continuum que va de lo público a lo privado, o de lo social a lo individual.

El capitalismo ha destruido el *nosotros* y, en esta situación de aislamiento individual, donde el sentimiento solidario es desplazado por el sentir solitario, el conflicto se interpreta como asimismo individual: Elisa es incapaz de aprovechar el tiempo de trabajo y en consecuencia no alcanza los objetivos de productividad programados por la empresa que la subcontrata, y le acecha un sentimiento de frustración, de culpabilidad y de fracaso. No interpreta su situación como un efecto del sistema, sino como una incapacidad personal; lo cual responde al ideograma básico del capitalismo: no hay pobres, sino perdedores. Y, viéndose a sí misma como perdedora, como un sujeto incapaz de competir y sacar rentabilidad en la competitividad cotidiana del capitalismo, enloquece. (Becerra Mayor 2014)

De otro modo: el capitalismo, para preservar la salud del sistema y reforzar la lógica de las sociedades posindustriales, incrementando niveles de consumo y de facturación, genera sujetos enfermos. No por casualidad, todas las medidas económicas impulsadas por los gobiernos europeos a nivel general han ido implementándose gracias a un discurso que ha priorizado en la esfera pública la salud del sistema, sea financiero o sea productivo, como primer paso para la recuperación de las condiciones del individuo. Y como hemos visto en uno de los fragmentos citados anteriormente, los

5 Esta idea de la ‘ideología del triunfo’ ha sido desarrollada por Marc Perelman en *La barbarie deportiva. Crítica de una plaga mundial* (2014), al estudiar de qué manera el deporte y los grandes acontecimientos deportivos ayudan a extender una cultura basada en la competitividad, el consumo y modelos de éxito de masas ligados a la violencia, a la sexualidad y al culto al cuerpo.

criterios de rentabilidad *per se* no resuelven la crisis individual o psíquica que se puede manifestar en el sujeto.

Susana y Germán le piden a Elisa que acuda a un médico para elaborar un diagnóstico sobre su crisis nerviosa y comenzar un tratamiento, de modo que la trabajadora acude a la consulta del psiquiatra:

[La doctora] me dio una receta para más lextatines, un volante para el psiquiatra y una bola de goma que, al estrujarla, apaciguaba los nervios. Había una lista de espera de una semana para el psiquiatra.

Estuve cuatro jornadas sin tomar más decisiones que la de aguardar a que la ansiedad pasara. [...]

En la consulta del psiquiatra se reanudaron los temblores, y mi mandíbula se entregó a toda clase de movimientos espasmódicos. El facultativo me inyectó un tranquilizante y le extendió a Germán una receta. Apenas me dijo nada, o eso creo. El tranquilizante me hizo dormir dieciséis horas; cuando me desperté, tenía en la mesita de noche dos cajas de medicamentos sobre un folio con instrucciones en las que reconocí la letra apretada, escueta, de Germán. El cóctel sanador mezclaba ansiolíticos con antidepresivos. Me los tomé; estuve toda la mañana ahuevada [...].

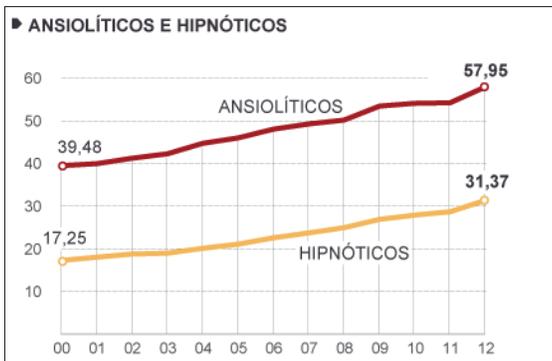
En mi estado, comparable al de un enfermo de narcolepsia, apenas podía corregir, y le dije a mi jefa que estaba con cuarenta de fiebre. (pp. 88-89)

Dentro de este ambiente de crisis generalizada que afecta tanto al ámbito económico como al ámbito laboral, el brote de Elisa se ve agravado por la falta de atención médica especializada durante una semana. Los recortes presupuestarios y la precarización de los servicios públicos de salud actúan como factores determinantes en el declive de lo que podríamos llamar la 'salud social', de modo que los enfermos 'por el sistema' se acumulan en las salas de espera. Una vez comprobado su estado de salud, el seguimiento de la paciente no se efectúa con las garantías debidas; la atención o la curación es generalizada: ansiolíticos y antidepresivos. Es significativo que en las palabras de la protagonista al relatar sus crisis nerviosas y su tratamiento médico, su estado de salud quede siempre conectado a la posibilidad o no de trabajar como si el trabajo (o mejor, la rentabilidad del trabajo) fuera el verdadero catalizador de la 'salud' del sujeto.

Si a finales de siglo XX se observó cómo el concepto de 'medicalización' había avanzado sobre la esfera pública (Márquez, Meneu 2007), el tratamiento médico de algunas conductas, la sanción en términos de salud o enfermedad de estados emocionales determinados, etc., podríamos constatar que esta 'medicalización' de la vida cotidiana ha dado lugar a una 'farmacologización'. Un repaso rápido a las estadísticas sobre el consumo de medicamentos ofrecidas por el Ministerio de Sanidad del Gobierno de

España arrojan luz sobre este nuevo proceso. Los datos revelan que desde el estallido de la crisis económica en 2008, el consumo de antidepresivos ha ido en aumento de manera exponencial. En concreto, entre los cuatro años que van de 2008 a 2012 el consumo de ansiolíticos ha aumentado en la misma medida que aumentó en el periodo 2000-2008, es decir, en la mitad de tiempo, pasando de un consumo de c. 40 dosis diarias por cada 1.000 habitantes en el año 2000 a casi 60 dosis diarias / 1.000 habitantes en 2012.⁶

Figura 1. Número de dosis diarias por cada 1.000 habitantes



Fuente: OCDE, Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad, BITN⁷

6 Un rastreo somero sobre las noticias de salud muestra la consolidación de esta tendencia hasta la actualidad: «La crisis aumenta el consumo de antidepresivos», *El Mundo*, 10 de febrero de 2011, <http://www.elmundo.es/elmundosalud/2011/02/10/neurociencia/1297352100.html> (2015-12-15); «Aumenta el consumo de antidepresivos por culpa de la crisis», *El Mundo*, 14 de junio de 2012, <http://www.elmundo.es/elmundosalud/2012/06/14/neurociencia/1339689891.html> (2015-12-15); «El consumo de antidepresivos en España se duplica en 10 años», *The Huffington Post*, 21 de noviembre de 2013, http://www.huffingtonpost.es/2013/11/21/antidepresivos-espana-consumo-decada_n_4315552.html (2015-12-15); «Colgados de los ansiolíticos. El consumo de medicamentos psiquiátricos aumenta a pesar de que las patologías mentales permanecen estables», *El País*, 26 de septiembre de 2014, http://sociedad.elpais.com/sociedad/2014/09/26/actualidad/1411732159_601236.html (2015-12-15); «El 30% del consumo de omeprazol, paracetamol e ibuprofeno es inútil», *El Mundo*, 31 de mayo de 2015, <http://elmundo.es/comunidad-valenciana/2015/05/31/556ada8046163f28598b4571.html> (2015-12-15).

7 Gráfico extraído del reportaje «Consumo de medicamentos psiquiátricos en España. Evolución de ansiolíticos e hipnóticos prescritos», publicado por *El País* el 26 de septiembre de 2014: http://elpais.com/elpais/2014/09/26/media/1411729648_161998.html (2015-12-15).

4 A modo de conclusiones. El desenlace incierto

Tras la aparición de las crisis nerviosas, la medicación y la farmacolización, Elisa vuelve a la rutina de su jornada laboral. El aplacamiento de los brotes (o su curación) devuelven a la protagonista a su entorno desplazado y precarizado, sin solución de mejora. La relación con su compañera de piso, Susana, seguirá envolviendo el ambiente del hogar con una sensación de extrañeza; sin embargo, por esos días a Susana se le presenta la oportunidad de exponer sus obras artísticas (elaboradas en base a fragmentos de mapas de la ciudad) en un bar del centro de Madrid y a esa exposición le seguirá el anuncio del interés de una gran galerista. En cierto modo, las nuevas expectativas de su compañera supondrán un revulsivo para Elisa: en primer lugar por la nueva actividad de Susana; en segundo porque a través de la escritura y a modo de terapia comenzará a relatar los desórdenes psíquicos que su compañera tuvo en el pasado (el capítulo primero de la novela); en tercer lugar, porque gracias a un *affaire* entre Susana y Germán la noche en que vuelven de hablar con la galerista, Elisa decide que ya no quiere vivir más con su compañera. Este intento de retomar su vida, sin embargo, le llenará de inquietud:

Tardó apenas dos semanas en encontrar un piso nuevo. Germán y yo la ayudamos con la mudanza. Pronto expondría; el acontecimiento la ocupaba por entero. El día que se fue me compró un ramo de tulipanes y me dio uno de los mapas. Era una despedida capciosa. No pude evitar el miedo de que su marcha no supusiese la clausura de nada. (p. 149)

¿Quedará clausurada la etapa de convivencia extraña y de alteraciones nerviosas? Coherentemente con el planteamiento de la novela, no será así. O al menos no lo veremos en la obra: «continuar [escribiendo] si no ocurre nada resultaría redundante» (p. 155), como hemos analizado más arriba.

La enfermedad de Elisa, en el planteamiento de la novela, se produce por causas no estrictamente personales o intrapsíquicas, sino que se revelan como la consecuencia de todo un entorno degradado: el estrés laboral, la precarización, la pobreza, el alargamiento de la jornada laboral, el desplazamiento, la suciedad de los barrios periféricos, la soledad, la pérdida de vínculos solidarios y la pérdida de vínculos afectivos, la ausencia de referentes claros en la sociedad postradicional o la degradación de los servicios públicos en la atención médica. De este modo, continuando la realidad configurada de la misma manera, es fácil de entender que los sujetos afectados por este entorno 'enfermo' enfermen a su vez o recaigan por la falta de expectativas de mejora. En este sentido, es lógica la llamada de la narradora al fin de la escritura para evitar repeticiones *ad infinitum*. Además, el final de la novela no supone el final de una etapa y la superación de una situación crítica para la protagonista, sino más

bien la normalización de un estado precario, justo en la línea de lo que planteaba Standing (2014): la incertidumbre de los estados transitorios se vuelve permanente en esa nueva clase social precaria; ese estado de provisionalidad ya no es la excepción sino la regla de una nueva forma de trabajo y de ciudadanía.

La trabajadora, de Elvira Navarro, supone un regreso a la novela social en un momento en que la novela española prioriza el tratamiento de los conflictos sociales o históricos de forma íntima. La conexión constante en la narración de la esfera privada de Elisa y sus crisis nerviosas con la esfera pública y el entorno que la provoca, nos puede llevar a hablar de la patología social que el capitalismo y la crisis económica ha engendrado, y que se manifiesta en la precarización, desplazamiento y enfermedad de los sujetos que componen esta sociedad 'enferma'. Navarro viene a reivindicar un aspecto poco tratado en los estudios sobre identidad y subjetividad (Enache, Martínez, Lakhdari 2015), frecuentemente ligados a la memoria, la ciencia o el cuerpo, pero rara vez a la economía y su capacidad de generar desórdenes en la subjetividad.

Detrás de la literatura, para los realistas intoxicados, solo hay literatura, tal y como expone Magrinyà en la cita que enmarca esta novela. Podríamos extender el razonamiento: detrás de los datos económicos, para una sociedad intoxicada de economía, solo hay economía. La realidad en cambio, como demuestra *La trabajadora*, va mucho más allá. Y se manifiesta con una fuerza potentísima.

Bibliografía

- Becerra Mayor, David (2014). «Las enfermedades psíquicas que el capitalismo provoca». *Mundo obrero*, 271. Disponible en: <http://www.mundoobrero.es/pl.php?id=3844> (2015-12-15).
- Beck, Ulrich (2000). *Un nuevo mundo feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Chirbes, Rafael (2007). *Crematorio*. Barcelona: Anagrama.
- Chirbes, Rafael (2013). *En la orilla*. Barcelona: Anagrama.
- Enache, Irina; Martínez Rubio, José; Lakhdari, Sadi (2015). *Identidades inestables. Avatares, evoluciones y teorías de la subjetividad en la narrativa española actual*. París: Indigo Cotés-Femmes.
- Gopegui, Belén (2014). *El comité de la noche*. Barcelona: Literatura Random House.
- Grandes, Almudena (2015). *Los besos en el pan*. Barcelona: Tusquets.
- Lukács, Georg (1948). *Essays über Realismus*. Berlin: Aufbau Verlag.
- Márquez, Soledad; Meneu, Ricard (2007). «La medicalización de la vida y sus protagonistas». *Eikasia. Revista de filosofía*, 2 (8), pp. 65-86.

- Disponible en: <http://www.revistadefilosofia.org/4Lamedicalizacion.pdf> (2016-10-20).
- Martínez Rubio, José (2014). «Autoficción y docuficción como propuestas de sentido. Razones culturales para la representación ambigua». *Castilla*, 5, pp. 26-38.
- Martínez Rubio, José (2015). *Las formas de la verdad. Investigación, docuficción y memoria en la novela hispánica*. Barcelona: Anthropos.
- Navarro, Elvira (2014). *La trabajadora*. Barcelona: Literatura Random House.
- Novella, Enric (2015). «Subjetividad expresiva y patología de la identidad». En: Enache, Irina; Martínez Rubio, José; Lakhdari, Sadi (2015). *Identidades inestables. Avatares, evoluciones y teorías de la subjetividad en la narrativa española actual*. Paris: Indigo Cotés-Femmes, pp. 29-46.
- Oleza Simó, Joan (1976). *La novela del XIX: del parto a la crisis de una ideología*. Valencia: Bello.
- Oleza Simó, Joan (1993). «La disyuntiva estética de la postmodernidad y el realismo». *Compas de letras*, 3, pp. 113-126. Disponible en: <http://entresiglos.uv.es/wp-content/uploads/disyuntiva.pdf> (2016-10-20).
- Perelman, Marc (2014). *La barbarie deportiva. Crítica de una plaga mundial*. Barcelona: Virus Editorial.
- Pozuelo Yvancos, José María (2004). *Ventanas de la ficción. Narrativa hispánica siglos XX y XXI*. Barcelona: Península.
- Rosa, Isaac (2008). *El país del miedo*. Barcelona: Seix Barral.
- Rosa, Isaac (2011). *La mano invisible*. Barcelona: Seix Barral.
- Rosa, Isaac (2013). *La habitación oscura*. Barcelona: Seix Barral.
- Sassen, Saskia (1999). *La ciudad global*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires.
- Standing, Guy (2013). *Precariado. Una nueva clase social*. Barcelona: Pasado y presente.
- Standing, Guy (2014). *Precariado. Una carta de derechos*. Madrid: Capitán Swing.